

PORFIRIATO Y REVOLUCIÓN EN MICHOACÁN. TESTIMONIOS DE UNA ÉPOCA

Alvaro Ochoa Serrano, *Repertorio Michoacano 1889-1926*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1995, 384 pp. ils.

El presente no es un libro como cualquier otro, no es realmente una investigación que tenga por objeto el análisis de un fenómeno histórico, tampoco es una novela o algo que se le parezca. El *Repertorio Michoacano*, más que un diccionario es un conjunto amplio de testimonios, un cúmulo de actores sociales y políticos involucrados de alguna forma en los acontecimientos históricos locales que incluyen más de tres décadas, que van del año 1889 al de 1926, es decir, un espacio que abarca veintidós años del Porfiriato en Michoacán y el desarrollo del conflicto revolucionario, hasta el año en que inició el enfrentamiento directo entre el Estado mexicano presidido por Plutarco Elías Calles, y la Iglesia católica a través del movimiento cristero, en el cual Michoacán fue un partícipe destacado.

Antecedentes de alguna manera a la edición de este libro tres publicaciones: el *Diccionario histórico, biográfico, geográfico, estadístico, zoológico, botánico y mineralógico de Michoacán*, redactado por entregas entre los años 1905 y 1915 por don Mariano de Jesús Torres; el *Diccionario michoacano de historia y geografía*, realizado por don Jesús Romero Flores

en 1960 (2ª edición en 1972); y el apartado dedicado a Michoacán en el tomo IV del *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, patrocinado en 1991 por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM) y elaborado por Alvaro Ochoa Serrano, el cual viene a ser la versión preliminar del *Repertorio Michoacano*. Sin embargo, el autor actualizó con mucho la información proporcionada por sus predecesores y rebasa de lejos la versión del diccionario del INEHRM. Alvaro Ochoa aprovechó así, su larga experiencia que como investigador ha logrado para edificar una magna obra que representa una consulta obligada por los académicos y gente común interesados en indagar sobre el pasado inmediato de su estado. De esa forma, el autor incorporó al *Repertorio* un gran volumen de información inédita utilizando preferentemente documentos de archivo así como periódicos y publicaciones originales que clarifican las acciones realizadas por los personajes más relevantes de la época.

El libro, con una sobria y uniforme presentación que es propia de las publicaciones de El Colegio de Michoacán, está integrado por más de dos mil fichas de información y más de trescientas fotos e ilustraciones, la mayoría poco conocidas, que realzan notablemente la calidad del texto y en las que podemos apreciar por igual a distinguidos políticos, intelectuales, propietarios, clérigos y revolucionarios, instituciones, legislaturas, agrupaciones, así como una gran variedad de publicaciones a manera de portadas de periódicos, revistas y boletines. En definitiva, el elemento iconográfico dota de gran originalidad al *Repertorio* y ahí también resalta la gran capacidad del autor para averiguar y dar cuenta de testimonios y referencias alusivas, un mérito que le caracteriza. Sin embargo, esa laboriosidad de nada serviría de no tenerse un amplio conocimiento del periodo en cuestión, motivo por el cual Alvaro Ochoa complementó sin mayores problemas los datos sobre ilustres personajes de la historia de Michoacán, de paso revelando la trascendencia de otros menos conocidos pero igual de importantes.

El trabajo de Alvaro Ochoa no es casual o repentino puesto que como historiador desde hace varios años ha incursionado en temáticas de cuestiones agrarias, en especial sobre *Los agraristas de Atacheo* y el líder campesino Miguel de la Trinidad Regalado; también sobre el “Tigre de Godino” José Inés Chávez García, el temible rebelde michoacano; sin olvidar varios estudios más sobre Francisco J. Múgica, el descontento social durante el Porfiriato, el desarrollo de la revolución en Michoacán en su fase temprana,

etc. Esta importante obra académica contribuyó definitivamente a la estructuración de la presente obra como fruto ulterior de sus investigaciones anteriores. El *Repertorio* está redactado en forma amena y en él no privan los tecnicismos disciplinarios que lo hagan selecto de una élite intelectual en especial, por el contrario, como el mismo autor lo afirma, el *Repertorio Michoacano* está hecho para estudiantes, gente curiosa y público en general, de necesaria referencia además para todos aquellos que se interesen en conocer los protagonistas de los movimientos políticos y sociales de la entidad en la época en que se sientan las bases del Michoacán “moderno”.

Otro aspecto que merece destacarse es la cercana colaboración con el autor del también historiador Martín Sánchez Rodríguez, quien ha realizado notables investigaciones sobre la historia política de Michoacán, particularmente sobre la obra y la personalidad del general Francisco J. Múgica, ideólogo constitucionalista cuya actuación resulta significativa en el ámbito local durante la Revolución Mexicana. El apoyo de Martín Sánchez debió ser de gran valor para la edición del *Repertorio*.

Por otra parte, y a manera de simples observaciones quisiera señalar algunos detalles que saltan a la vista del lector. Me llamó la atención el que las fuentes y la bibliografía utilizadas figuraran al inicio del libro cuando, por cuestiones prácticas, bien pudieran colocarse al final, por supuesto que ésto también es cuestión de gustos, no así respecto a la información que se proporciona acerca de numerosos personajes e instituciones y que a menudo es escueta, perdiéndose coherencia en la lectura a causa de la frecuencia de abreviaturas; ahí mismo estoy seguro que en una futura edición habrá de consignarse la información sobre varias agrupaciones cuyas actividades resultan importantes en el escenario local, este es el caso del Banco de Michoacán fundado en 1897, del Club José María Morelos y Pavón, club político estructurado en Morelia en 1917 para sostener la candidatura del Ing. Pascual Ortiz Rubio al gobierno estatal, y la Casa del Obrero Mundial, institución establecida en Morelia en 1914.

En otro sentido, extraño al margen de sus nombres las fotografías de importantes personajes como el Lic. Jacinto Pallares, el pintor Félix Parra, Manuel A. Mercado, hermano de don Aristeo y subsecretario de Gobernación, los diputados Miguel Mesa y Felipe Rivera, el Dr. Miguel Silva, el líder campesino Primo Tapia, etc. No obstante, éstas no son grandes limitantes y sólo se refieren a pormenores que juzgué prudente señalar. De hecho, un

trabajo mayúsculo como éste no está exento de someras dificultades que no demeritan el enorme esfuerzo del autor y la gran calidad de la obra en términos generales.

En lo relativo a la introducción, en su peculiar redacción “gonzaliana”, Alvaro Ochoa nos habla regiamente en dos partes de los actos y los actores en el contexto michoacano del Porfiriato y la revolución, no obstante la claridad de la lectura al final me costó trabajo concluir cuál es el tipo de revolución que vislumbra Alvaro Ochoa en Michoacán, en otras palabras cabe interrogar ¿qué fue la revolución en Michoacán? Una pregunta tan simple de formular sabemos por experiencia que no es fácil de resolver y quizás el autor no tuvo la intención de hacerlo con el propósito de invitar a lograrlo uno mismo. En Michoacán, actualmente existe una ortodoxia académica que basándose en los testimonios escritos de panegiristas revolucionarios, militares y políticos, actores directos del fenómeno histórico, conciben todavía al suceso de la revolución como un movimiento de masas campesinas en demanda casi siempre de tierras y de justicia social. Estudios más recientes contraponen interpretaciones y establecen más bien una revolución de carácter político expresada en las luchas por el poder. Como quiera, es inobjetable ahora -en su 87º aniversario- la afirmación de que fue un acontecimiento sumamente heterogéneo y más complejo de lo que tradicionalmente se creía; de ésta forma, los líderes revolucionarios que menciona el *Repertorio* no son campesinos analfabetas que actúan por impulsos o venganzas, sino campesinos letrados, propietarios pequeños y medianos y hasta varios hacendados, profesionistas de la ciudad e incluso exprefectos o subprefectos porfiristas como los casos de Carlos Allen, Salvador Escalante y Ladislao Rivera, todos ellos con principios y ambiciones de diversa índole.

En este sentido creo que la información que contiene el *Repertorio Michoacano* podrá abrir nuevas expectativas que ayuden a explicar con mayor veracidad los móviles del descontento social en el campo y la ciudad en vísperas de la revolución, así como para realizar un seguimiento de la actuación de los líderes revolucionarios en el transcurso de los acontecimientos nacionales y locales.

Debemos profundizar en la expresión de las distintas formas de organización social y a su vez la incidencia de valores y comportamientos. Ahora sabemos que no existen conceptos homogéneos y universales capaces por sí mismos de

brindar soluciones teórico-analíticas, la realidad a menudo rebasa las nociones generales y las manifestaciones son complejas con frecuencia para ser abordadas a distancia desde un escritorio. Así pues, en las circunstancias en que se produjo la revolución no era difícil que los propietarios rurales, clanes familiares y políticos liberales, la mayoría con relaciones comunes y compromisos de clientela, asumieran el liderazgo del movimiento. El malestar campesino no giraba tan sólo en torno al problema agrario y la falta de tierras sino que -además- su protesta tenía por fundamento agravios de índole política e incluso de carácter étnico y que sus lealtades colectivas y formas de movilización no eran de clase, sino antes que nada, inspiradas por un liderazgo caudillista y patronal con quien existían tradicionales vínculos de dominio y reciprocidad, aun cuando el líder o patrón no compartieran en última instancia las mismas aspiraciones. En la situación regional veremos actuar por igual a revolucionarios con afanes políticos; sacerdotes “zapatistas” o simpatizantes de Chávez García; empresarios que financian la rebelión; bandoleros abigeos; comerciantes extranjeros que lucran con el tráfico de armas; revolucionarios de origen campesino que son a la vez represores de comunidades campesinas, etc.

En estas circunstancias los actores sociales no operan aisladamente, por su condición social mantienen nexos de grupo y afinidades políticas partidistas, además de conformar amplias redes familiares de parentesco. En todo ello debemos indagar para adquirir una imagen más integral de los procesos históricos. Asimismo, es factible el manejo de criterios sociológicos que partan a propósito de los factores sociales, políticos y económicos, esto es, actividades laborales, origen social, filiaciones políticas, pertenencia a gremios o clubes sociales, etc. En suma, se trata de romper atavismos teóricos y visiones oficialistas y apologistas en donde subsisten por norma los principios personales y morales como si fuesen colectivos, generalizando con frecuencia las particularidades y estableciendo parámetros ideológicos muy relativos, tales como campesinos “revolucionarios”, católicos “reaccionarios”, regímenes “burgueses” o políticos “conservadores”, mismos que subestiman la existencia de compromisos, de intereses sectarios, ambiciones de poder, coaliciones de grupo, en fin, formas tradicionales de cultura política. De ahí que se manifiestan comunidades campesinas reacias al cambio a las reformas promovidas por el Estado, o bien que se observa la frecuencia con que los ejércitos y facciones cambian su filiación revolucionaria indistintamente,

hasta las proclamas políticas que contradicen un pasado reaccionario.

Inconsistente resulta entonces la aplicación de categorías abstractas tales como la “clase obrera”, sobre todo cuando la información del *Repertorio* y otras fuentes de archivo nos muestran la diversidad de actuación de cooperativas, sindicatos, Casa del Obrero Mundial, pero también de sociedades mutualistas y círculos de obreros católicos. Para caracterizar analíticamente las expresiones de la sociedad en transición a un nuevo orden revolucionario creo deberíamos tomar en cuenta elementos de clientelas políticas, normas cívicas y de convivencia, en términos de legitimidad y consenso civiles, en formas de dominio formal e informal. Ciertamente que la política constituye el medio de explicación, sin embargo -tal como advierte François Xavier Guerra -la política no es solamente el juego de las élites y los grupos en el poder, o una mera substitución de regímenes, sino el conjunto de relaciones que establecen los actores sociales, expone de tal suerte las relaciones de alianzas y de oposición, de liderazgo, autoridad y de subordinación. Estas relaciones no se eslabonan mecánicamente sino que son la expresión de culturas políticas, responden a ciertos valores cívicos y morales que experimentan los distintos grupos sociales.

Estas y otras reflexiones bien provoca el *Repertorio Michoacano*, una obra que viene a reforzar la labor explicativa de nuevos investigadores menos comprometidos y más dispuestos a rebasar los límites del mito revolucionario. Sin duda, quienes se interesen en la línea de los estudios biográficos, la historia política y social o el papel desempeñado por propietarios rurales y empresarios locales y extranjeros, encontrarán en este libro una importante fuente de consulta, preferentemente para las personas ávidas del conocimiento acerca de los orígenes de las luchas sociales, de los actores políticos que contribuyeron a modelar nuestras instituciones y nuestras propias raíces.

Eduardo N. Mijangos